

De camino a casa

Caminé hacia Copilco al salir de la universidad. Eran las tres de la tarde y el calor se tornaba insoportable. Línea 3 del metro en hora pico. Como es costumbre, decidí viajar una estación atrás para encontrar algún asiento disponible. Cargaba mi mochila y mi gran y espacioso estuche con todas las herramientas que había ocupado ese día en la clínica.

Ya estando ahí, abordé, y de inmediato coloqué dicho estuche debajo del asiento. Me disponía a tomar una siesta. Dos horas de viaje y un transbordo hasta llegar a casa. Recargué mi cabeza en el marco de la ventana y poco a poco el movimiento del convoy me fue arrullando hasta quedarme dormida.

No recuerdo en qué estación un hombre obeso, como de unos cincuenta años de edad, se sentó a lado mío. Era un asiento para dos. Lo pude ver entre sueños, pero por más que lo intento no puedo recordar su cara, sólo recuerdo que, después de algunos instantes, comencé a sentir algo que repugnaría a cualquiera.

Me hubiese gustado pensar que se trataba de un mal sueño, pero no fue así. El hombre con una mano tocaba mi pierna, y con la otra se acariciaba su miembro descaradamente. No sé desde qué estación venía haciendo eso. Yo me encontraba paralizada. Por supuesto que pude haber gritado, pedido ayuda, o quitarle la mano con un movimiento rápido, pero el cuerpo no me respondía, y al ser la primera vez que me sucedía algo así, mi cerebro no alcanzaba a asimilarlo todo. *¿Por qué a mí? ¿Qué hice yo?* Es algo que todavía me pregunto.

Tenía miedo, él era más grande y corpulento que yo. Sentía una gran impotencia. Tuve que soportar aquel acto repulsivo hasta llegar a la siguiente estación. Decidí levantarme del asiento y correr a la salida. No repetiré lo que me dijo mientras pasaba a un lado de él, pues son palabras que aún me causan dolor e indignación.

Me acerqué a un policía que justamente se encontraba en esa estación. *Por favor, ayúdeme, ese hombre me estaba tocando las piernas.* Se lo señalé mientras aquel sujeto trataba inútilmente de esconderse. El policía con una sonrisa burlona me preguntó con toda la pasividad del mundo: *Pero a ver, dime, cómo fue que te tocó.* Decía esto mientras me miraba morbosamente desde los pies a la cabeza.

El metro comenzaba a avanzar. Aquel hombre me mostró una seña obscena desde la ventana. Caminé hasta el área de mujeres y decidí esperar a que pasaran dos unidades más, pues no me lo quería encontrar en alguna estación contigua.

No fue sino hasta llegar a mi destino cuando recordé que había dejado mi estuche debajo del asiento. Todo mi material valuado en más de quince mil pesos lo acababa de perder. Me pasé más de dos horas investigando si es que lo podía recuperar, pero ningún administrativo de la estación supo orientarme. Salí del metro y me senté en una banca del *Mexipuerto* mientras el llanto me purgaba toda la rabia contenida, la indignación y el coraje.

Ese día mi madre me regañó por llegar más tarde de lo habitual a casa. Peor me fue cuando supo que había perdido el estuche y mis herramientas de trabajo que con tanto esfuerzo me habían comprado entre ella y mi papá. Yo no tuve la confianza de contarles lo sucedido. Hasta la fecha no había tenido el valor de contárselo a nadie. Desde aquella ocasión no me he vuelto a dormir mientras viajo en el metro.

- Eloísa